

Al encenderse de pronto un farol de gas en la calle, se filtró la luz entre las cortinas cruzadas.

—Las seis y media ya—dijo ella—. Voy a vestirme.

Al sentir aquel aletazo del tiempo que huía presuroso, reanimáronse las fuerzas de Mauricio y reverdeció su deseo. Pálida y radiante, con el cuello rígido, los ojos en blanco, los labios entreabiertos, Gilberta se complacía en su éxtasis apasionado y exhalaba un profundo suspiro; de pronto, rápida y violentamente, arqueó el cuerpo, volvió la cabeza y gritó espantada:

—¿Qué hay allí?

—Cálmate—dijo Mauricio que la retenía entre sus brazos.

En aquel instante, Mauricio se hallaba en tal situación que no le disuadiera de su propósito ni el cielo desplomado sobre su nuca; pero Gilberta se apartó de un salto, y acurrucada en un rincón de la alcoba, detrás de la cama, muda de horror, señalaba con el índice a una figura aparecida en la estancia entre la chimenea y el armario de espejo. Luego, sin ánimo para soportar aquella aparición, casi a punto de desmayarse, cubrióse la cara con las manos.

CAPÍTULO X

Infinitamente más atrevido que las imaginaciones del Dante y de Milton.

Al fin Mauricio volvió la cabeza, se le apareció la figura, y al cerciorarse de que se movía sintió miedo a su vez. Entre tanto, al salir de su desmayo Gilberta imaginó que su amante habría escondido alguna querida en la estancia, y esta suposición fué suficiente para desatar su ira y su despecho creyéndose traicionada. Señaló a su pretendida rival y, ciega de cólera, dijo:

—¡Una mujer!... Una mujer ¡desnuda todavía!... ¡Me traes a la misma alcoba donde recibes a toda clase de mujeres, con tan poca delicadeza, que al entrar yo ellas no han tenido aún tiempo de vestirse! ¡Y te quejas de que llego tarde! ¡Acabemos de una vez! ¡Dile a esa pájara que se vaya!... Y si tu propósito era recibirnos a las dos juntas, debiste preguntarme si me prestaba yo a esta combinación...

Mauricio, con los ojos desmesuradamente abiertos buscaba a tientas sobre la mesa de noche un revólver, que no hubo allí nunca, y susurró al oído de su amiga:

—¡Cállate! No es una mujer. Apenas lo distingo, pero casi aseguraría que es un hombre.

Gilberta volvió a taparse los ojos con las manos, y gritó desaforadamente:

—¡Un hombre!... ¿Qué hace ahí un hombre? ¡Un ladrón!... ¡Un asesino!... ¡Socorro! ¡Socorro!... Mauricio ¡mátale! ¡mátale!... ¡Da luz!... ¡No des luz!

Y mentalmente prometió a la Santísima Virgen una vela si conseguía escapar de aquel peligro; sus dientes castañeteaban.

La figura se movió.

—¡No se acerque!—gritó Gilberta—. Por Dios, ¡no se acerque!

Y ofreció al ladrón que le haría entrega de todas las alhajas y el dinero que al desnudarse dejó sobre el velador, si la prometía no moverse.

Entre tantas sorpresas y terrores pensó que su marido, receloso de su infidelidad, pidió a la policía que la vigilara. En menos de un segundo vislumbró claramente un insoportable y tétrico porvenir: la resonancia de un escándalo mundano, el desprecio abrumador, el cobarde abandono a que la condenarían sus amigas, las justificadas burlas de la sociedad; ¡es muy ridículo dejarse sorprender! Vislumbró el divorcio, la pérdida de su rango y de su posición, su existencia humilde y aburrida en casa de su madre, donde no tendría pretendientes ni amantes. Los hombres se alejan de las mujeres que no ostentan la garantía del estado conyugal. Y todo ¿por qué? ¿Por qué la ruina, el desastre? Por una simpleza, por nada. Así habló en un momento de lucidez la conciencia de Gilberta.

—No tema usted, señora—dijo una voz dulcísima.

Algo tranquilizada, Gilberta encontró alientos para preguntar:

—¿Quién es usted?

—Soy un ángel—respondió la voz.

—¿Qué dice usted?...

—Que soy un ángel; soy el ángel custodio de Mauricio.

—Hable, hable usted, pero de modo que yo le comprenda... ¿Qué dice?... ¡Me vuelvo loca!

Tampoco Mauricio se dió cuenta de lo que sucedía, pero estaba indignado. Se puso el batín al saltar de la cama y se mostró amenazador, en su envoltura florida, armado de un zapato.

—¡Es usted un miserable!—dijo con voz ruda—. Procure salir lo antes posible por donde haya entrado.

—Mauricio d'Esparvieu—repuso la dulce voz—. Aquel a quien adoras como a tu creador, ha consagrado a cada criatura un ángel guardián para que le custodie y aconseje, según la firme opinión de los Santos Padres, fundada en varios pasajes de la Sagrada Escritura. La Iglesia lo admite de un modo indudable, aun cuando no lanza su anatema contra los que sostienen opinión contraria. Tienes en tu presencia a uno de esos ángeles, el tuyo, Mauricio. Recibí la misión de velar por tu inocencia y de poner a salvo tu castidad.

—Es posible—replicó Mauricio—que seas un ángel, pero aseguro que no eres un hombre bien educado, porque si lo fueses, nunca te permitirías entrar en una alcoba mientras... ¡Vaya! ¿Qué haces ahí?

—Acabo de revestir el aspecto en que me ves, Mauricio, porque decidí actuar entre los hombres, y debo hacerme semejante a ellos. Los Espíritus celestiales poseen la facultad de aparecer en una forma que les haga visibles y sensibles; esta forma es real puesto que es aparente, y en el mundo sólo son realidades las apariencias.

Al fin, tranquilizada, Gilberta se atusó el flequillo mientras el ángel proseguía:

—Los Espíritus celestiales toman voluntariamente la forma de uno u otro sexo o de ambos a la vez; pero no es posible que se transfiguren de pronto, según su capricho y su fantasía. Sus metamorfosis quedan sometidas a leyes fijas que vosotros no podríais comprender.

Así, para entreteneros o para divertirme, ni quiero ni puedo transformarme ante vuestros ojos en león, en tigre, en mosca o en corteza de sicomoro, como se transformaba el joven egipcio cuya historia fué hallada en una tumba; ni siquiera convertirme en asno, como Lucius con el unguento de la joven Fotis. Mi sabiduría fijó por anticipado la hora de mi aparición entre los hombres; nada hubiera podido adelantarla ni retrasarla.

Deseoso de comprender aquello, Mauricio repitió su pregunta:

—Pero ¿qué haces ahí?

La señora de Aubels quiso intervenir en apoyo de su amante como un eco de sus palabras.

—Es verdad: ¿qué hace usted ahí?

El ángel respondió:

—Hombre, disponte a escucharme; atiende a mi voz, mujer. Quiero descubrir un secreto del que depende la suerte del Universo. Contra la voluntad de Aquel a quien respetáis como Creador de todas las cosas visibles e invisibles, preparo la rebelión de los ángeles.

—No tolero esa clase de burlas—dijo Mauricio, que sentía como buen creyente el respeto de las cosas santas.

Pero el ángel, en tono de reproche, respondió:

—¿En qué te fundas, Mauricio, para suponerme frívolo y divulgador de vanas ideas?

—¡Vaya!—repuso Mauricio encogiéndose de hombros—no creo que pienses rebelarte contra... Y señaló al techo.

El ángel insistió:

—¿Acaso ignoras que los Hijos de Dios ya se rebelaron en el Cielo, donde se libró un terrible combate?

—Eso es muy antiguo—dijo Mauricio mientras se ponía los calcetines.

Entonces el ángel dijo:

—Aconteció antes de la creación del mundo, pero el Cielo es ahora lo mismo que siempre. La naturaleza de los ángeles no ha variado, es la misma desde su origen y nada se opone a que hagan de nuevo lo que entonces pudieron hacer.

—¡No! no es admisible semejante absurdo, contrario a la fe. Si tú fueras un ángel, un ángel bueno como supones, te librarías mucho de proclamar tu desobediencia contra el Creador.

—Te equivocas, Mauricio, y la autoridad de los Santos Padres te condena; Orígenes declara en sus homilías, que los ángeles buenos son falibles, que pecan a diario y caen del cielo como moscas. Es posible que niegues autoridad a este padre, a pesar de su minucioso conocimiento de las Escrituras, porque se halla excluido del Canon de los Santos; pero yo te recordaré el segundo capítulo de la *Apocalipsis*, en que los ángeles de Efeso y de Pergamo oyen una reprensión por haber guardado mal su Iglesia. Alegarás acaso que los ángeles a quienes alude el apóstol son en realidad los obispos de aquellas dos ciudades, a los que llama ángeles atento a su ministerio. Tal vez no te falte razón y ni siquiera te lo discuto; pero ¿qué oponer, Mauricio, a la opinión de tantos doctores y pontífices que nos presentan a los ángeles accesibles al bien y al mal? Esto es lo que afirma San Jerónimo en su *Epístola a Dámaso*...

—Caballero—intervino la señora de Aubels—, le ruego a usted que se retire.

Pero el ángel, sin oírla, prosiguió:

—... San Agustín, capítulo trece, de *La verdadera Religión*; San Gregorio, capítulo veinticuatro de *Morales*; Isidoro...

—Caballero: tenga usted presente que yo he de vestirme y que se me hace tarde.

—... libro primero, capítulo doce de *El Soberano Bien*; Bede, *Acerca de Job*...

—Caballero, yo le suplico...

—... capítulo séptimo; Damascenus, libro segundo, capítulo tercero, *De la Fe*. Son, indudablemente, autoridades de tanto peso, que no hallarás razones para refutarlas. Tu error, Mauricio, se funda en desconocer mi naturaleza, libre, activa y móvil como la de todos los ángeles, porque sólo te fijas en las gracias y felicidades de que me consideras colmado. Lucifer no estaba menos favorecido que yo, y se rebeló a pesar de todo.

—Pero ¿por qué os rebeláis? ¿Por qué?—preguntó Mauricio.

—Antes que tú —repuso el ángel—, Isaías hizo esta pregunta: «*Quomodo cecidisti de coelo, Lucifer, qui mane oriebaris?*» Entiéndelo bien, Mauricio: en el pasado remoto, los ángeles se rebelaron para dominar en el Cielo. El más hermoso de los serafines dejóse conducir por su orgullo; mi ansia de liberación se inspira en la Ciencia. Hallándome junto a ti en una casa donde se conserva una de las más importantes bibliotecas, me aficioné a la lectura, y el estudio me inculcó el ansia de conocimiento. Mientras tú, rendido por las fatigas de una existencia vulgar dormías profundamente, yo, rodeado de libros estudiaba y meditaba los textos, unas veces en la sala grande de la biblioteca bajo las efigies de los hombres más ilustres de la antigüedad, otras veces en el fondo del jardín o en el recibimiento de tu pabellón.

Al oír estas razones, el joven d'Esparvieu rió estrepitosamente; daba fuertes puñetazos en la almohada, se-

ñales evidentes de una hilaridad imposible de contener.

—Ja... ja... ja... ja... ¿De modo que tú eres quien saquea la biblioteca de papá, y vuelve loco al pobre señor Sarriette? ¿Sabes que se ha quedado completamente idiota?

—Mientras yo me procuraba soberanos conocimientos—dijo el ángel—, no pudo interesarme un pobre hombre, y cuando trató de poner obstáculos a mis investigaciones y de interrumpir mis estudios, castigué su inoportunidad. Una vez, en la sala de los filósofos y de las esferas, a las altas horas de la noche, le golpeé con un libro de bastante peso, porque lo quería librar de mis manos invisibles. Otro día me serví de una columna de aire condensado para arrebatar un precioso manuscrito de Flavius Josefus, y causé tal horror a ese imbécil que salió aullando hasta el descansillo de la escalera, donde cayó (voy a decirlo con una expresiva frase del Dante Alighieri) «como cuerpo muerto cae». Al punto vióse favorecido en su desgracia, pues la señora le dió su perfumado pañuelo para restañar sus heridas... Aquella tarde, señora, detrás de una esfera celeste, los labios de Mauricio se habían posado en tus labios.

—¡Caballero!—dijo la señora de Aubels irritada y con el ceño fruncido—. Yo no puedo tolerar...

Pero se contuvo, porque no era oportuna la ocasión para exigir a un testigo de vista grandes pruebas de respeto.

El ángel prosiguió impasible:

—Decidido a examinar los fundamentos de la Fe compulsando los monumentos del judaísmo, leí todos los textos hebreos.

—Luego, ¿sabes hebreo?—exclamó Mauricio.

—El hebreo es mi lengua nativa; es la única usada en el Paraíso durante mucho tiempo.

—¡Bah! ¡Eres judío! He debido comprenderlo al advertir tu falta de discreción.

El ángel, como si no lo hubiera oído, prosiguió en voz melodiosa:

—He profundizado en las antigüedades orientales, en Grecia, en Roma; he devorado cuanto han escrito los teólogos, los filósofos, los físicos, los geólogos, los naturalistas. He aprendido, he reflexionado, he perdido la fe.

—¡Cómo! ¿Es posible que no creas en Dios?

—Creo en Él, porque mi existencia se deriva de la suya, y por consiguiente si Él no existe yo caigo en la Nada; creo en Él como los silenos y las menades creían en Dionysos y por las mismas razones. Creo en el Dios de los judíos y de los cristianos, pero niego que haya creado el mundo; a lo sumo ha organizado una pequeña parte, y la dejó marcada con el sello de su espíritu imprevisor y brutal. No puedo admitir que sea eterno ni infinito, por lo absurdo que resulta concebir un ser que no se limita en el espacio ni en el tiempo. Yo lo considero limitado, muy limitado; ni siquiera creo que sea el Dios único, y durante mucho tiempo ni Él mismo lo creyó. Al principio era politeísta; más adelante, su orgullo y las adulaciones de sus adoradores le volvieron monoteísta. No tiene sus ideas metodizadas, no dispone del poder que se le atribuye y, para decirlo de una vez, es más bien que un Dios un demiurgo ignorante y vano. Los que han penetrado, como yo, su verdadera naturaleza, le llaman Ialdabaoth.

—¿Qué dices?

—Ialdabaoth.

—¿Qué significado tiene Ialdabaoth?

—Ya lo dije. Ialdabaoth es el demiurgo a quien adoras, en tu ceguera, como al Dios único.

—¡Estás loco! Te aconsejo que no le vayas con tales invenciones al padre Patouille.

—Sé cuán inútil resultaría mi esfuerzo, amado Mauricio, si lo empleara en combatir los errores que oscurecen su inteligencia. Sólo te diré que me propongo luchar con Ialdabaoth y confío en vencerle.

—Tengo la certeza de que no lo conseguirás.

—Lucifer hizo vacilar su trono, y durante un momento la victoria estuvo incierta.

—¿Cuál es tu nombre?

—Abdiel en el cielo y Arcadio en la tierra.

—Mi pobre Arcadio, siento que muestres tan malas inclinaciones, y en esta ocasión supongo que intentas burlarte de nosotros. Me parecería razonable, si mucho me apuras, que abandonararas el cielo para seguir a una mujer; el amor nos impone muchos disparates; pero no me cabe en la cabeza que después de mirar a Dios cara a cara, sólo hayas encontrado la verdad en los librotos del viejo Sarette. ¡No!; eso no lo entenderé nunca.

—Amado Mauricio, también Lucifer disfrutaba de la presencia de Dios, a pesar de lo cual se negó a servirle. Y en cuanto a las verdades que nos declaran los libros, te diré que muchas veces bastan para darnos a entender de qué modo *no son* las cosas, pero nunca del modo que son. La enseñanza de los libros ha bastado para probarme que Aquel en quien yo creía ciegamente, no es digno de crédito, y que los hombres y los ángeles han sido engañados por las mentiras de Ialdabaoth.

—No hay semejante Ialdabaoth, y Dios está sobre to-

das las cosas. Amigo Arcadio, ¡una corazonada!, renuncia a tus locuras, a tus impiedades; desencárnate y vuelve a ser un espíritu puro; recobra tu puesto de ángel custodio. ¡Cumple con tu deber! Te perdono, pero no vuelvas a mostrarte visible.

—Quisiera complacerte, Mauricio, me inspiras algún afecto porque mi débil naturaleza es algo sentimental: pero mi destino me impulsa hacia los seres capaces de pensar y de poner en práctica sus pensamientos.

—Caballero Arcadio—insinuó la señora de Aubels—, le suplico encarecidamente que se vaya. Me produce un horrible malestar verme casi desnuda entre dos hombres. Crea usted que, a esto, no estoy acostumbrada.

CAPÍTULO XI

De cómo el ángel, cubierto con las vestiduras de un suicida, privó a Mauricio de su guarda.

Hallábase la señora de Aubels acurrucada en la cama y bajo su camisa corta y ligera lucían sus rodillas blancas; tenía los brazos cruzados sobre el pecho, por lo cual sólo eran accesibles a las miradas sus hombros carnosos y sus cabellos despeinados.

—Tranquílcese usted, señora—dijo la aparición—. Exagera su angustia, puesto que no se halla, como supuso, entre dos hombres, sino entre un hombre y un ángel.

Ella volvió curiosamente los ojos hacia el desconoci-

do, sondeó en la obscuridad, se inquietó por algún indicio vago y dijo:

—Caballero: ¿está usted seguro de ser un ángel?

La Aparición, dolida tal vez de que lo pusiera en duda, le dió referencias acerca de su origen:

—Hay tres jerarquías de espíritus celestiales y cada una está formada por tres coros: la primera comprende los Serafines, los Querubines y los Tronos; la segunda las Dominaciones, las Virtudes y las Potestades; la tercera los Principados, los Arcángeles y los Ángeles propiamente dichos. Yo pertenezco al noveno coro y a la tercera jerarquía.

La señora de Aubels, recelosa, hizo la siguiente objeción:

—Usted no tiene alas.

—Claro está que no las tengo. ¿Duda usted, señora, porque no me parezco a los angelitos representados en las pilillas de agua bendita? Los mensajeros celestiales no siempre llevan sobre sus espaldas esos remos de pluma que agitados cadenciosamente cortan el aire. Los querubines pueden ser ápteros. En absoluto carecían de alas aquellos dos hermosísimos ángeles que pasaron una noche de zozobras en la casa de Lot, cercada por los varones de Sodoma; eran en todo semejantes a los hombres y el polvo del camino cubría sus pies que el patriarca lavó con sus piadosas manos. Quiero advertir a usted, señora, que según la teoría de las metamorfosis orgánicas, formulada por Lamarck y Darwin, las alas, que los pájaros conservan aún, en los cuadrúpedos hánse transformado en patas delanteras y en los primates vinieron a ser los brazos. Acaso recuerdes, Mauricio, que en virtud de un fenómeno atávico bastante molesto, miss Kat, el aya inglesa que gustaba

tanto de darte azotitos, tenía los brazos cortos y muy semejantes a los alones de un ave desplumada. Puede asegurarse que si un ser disfruta a un tiempo de brazos y de alas, es un monstruo que debemos incluir en la teratología. Existen en el Paraíso querubines o querubes en forma de toros alados, pero son abrumadoras invenciones de un Dios falto de gusto artístico. Sin embargo es cierto, absolutamente cierto, que las Victorias del templo de Atenea Niké sobre la Acrópolis de Atenas, son hermosas con sus brazos y sus alas; también es cierto que la Victoria de Brescia nos encanta con sus brazos extendidos y sus largas alas replegadas sobre sus potentes costados. La creación de monstruos armoniosos es uno de los prodigios del genio griego. Los griegos acertaban siempre y los modernos siempre se equivocan.

—Bueno—dijo la señora de Aubels—; no tiene usted traza de ser un espíritu puro.

—Sin embargo, señora, lo soy; tan puro como el que más. Y me parece que usted, favorecida con el sacramento del Bautismo, no debiera dudarle. Varios Padres de la Iglesia, como San Justino, Tertuliano, Orígenes y Clemente de Alejandría, suponen que los ángeles no son absolutamente espirituales y que poseen un cuerpo formado por una materia sutil. San Agustín opina que los ángeles tienen un cuerpo luminoso. Esta opinión ha sido rechazada por la Iglesia. Sin duda soy un espíritu. ¿Qué es el Espíritu y qué la Materia? Se los contrapuso como cosas contrarias, pero la ciencia humana tiende a reunirlos como aspectos de una misma cosa. La ciencia enseña que todo sale del éter y que todo vuelve a él, que basta el movimiento para transformar las ondas celestes en piedras y en metales, y que los átomos que pueblan

el espacio sin límites forman, según las diferentes velocidades de sus órbitas, todas las substancias del mundo sensible...

Pero la señora de Aubels no escuchaba; sólo una idea invadía su pensamiento; y para tranquilizarse, preguntó

—¿Desde cuándo está usted ahí?

—Vine con Mauricio.

Ella meneó la cabeza:

—Pues ¡tiene gracia la cosa!

Y el ángel prosiguió sus explicaciones con una serenidad verdaderamente celestial:

—En el Universo todo son círculos, elipses, hipérbolas, y a las mismas leyes por que se rigen los astros obedece este grano de polvo. Por los movimientos originales y nativos de la substancia mi cuerpo es espíritu, pero puede adquirir apariencia material si sus elementos obedecen a otro ritmo.

Como demostración de lo que decía, sentóse en una butaca sobre las medias negras de la señora de Aubels.

Se oyeron las campanadas de un reloj.

—¡Dios mío, las siete!—exclamó Gilberta—. ¿Cómo explicarle a mi marido mi tardanza? Me supone en el te de la calle de Rívoli; comemos esta noche en casa de los señores de la Verdelière. Váyase inmediatamente, Arcadio; he de vestirme y no puedo perder ni un segundo.

El ángel respondió que obedecería muy gustoso a la señora de Aubels, si pudiera mostrarse con decencia en la calle, pero que no se atrevía de momento a salir desnudo.

—Si me presentara así—continuó—chocaría con los preceptos que, seguidos rutinaria y remotamente, nadie ha examinado jamás. Este es el fundamento de las costumbres. En la antigüedad, los ángeles rebeldes como

yo, se mostraban a los cristianos bajo ridículas y grotescas apariencias, negros, cornudos, peludos, con rabo, con los pies de cabra y a veces con un rostro humano sobre la parte trasera. ¡Pura bobería!... Eran objeto de burla entre las personas educadas y sólo conseguían asustar a las viejas y a los niños.

—La verdad es que no puede salir a la calle de ese modo—advirtió razonablemente la señora de Aubels.

Mauricio arrojó al celestial mensajero su batín florido y sus zapatillas; pero aquello no era bastante para vestir a un hombre. Gilberta intercedió con él para que saliera en busca de un traje. Ocurriósele pedir uno al portero, pero Gilberta se apresuró a disuadirle con razones exaltadas; creía imprudente mezclar a los porteros en aquel asunto.

—¿No comprendes que van a enterarse de que...?

Se interrumpió y señaló al ángel.

El joven Esparvieu salió decidido a volver lo antes posible con alguna ropa.

Entre tanto Gilberta, que no podía retrasarse mucho sin exponerse a un escándalo, encendió la luz y empezó a vestirse en presencia del ángel. No sentía ninguna turbación y se amoldaba fácilmente a las circunstancias seguras de que, al mezclarse los cielos y la tierra por designios incomprensibles y en confusiones gratas, no era el momento más oportuno para sacrificarlo todo al pudor. Estaba también segura de la perfección de sus formas y de la elegancia de su ropa interior. Como el aparecido no se puso el batín rameado cuando Mauricio se lo arrojó, al encender la luz convencióse Gilberta de que no carecían de fundamento sus imaginaciones, y de que los ángeles tienen todas las apariencias de los hombres. Intrigada por saber si aquellas apariencias eran

vanas o reales, preguntó al hijo de la luz si a los ángeles, como a los monos, les falta sólo dinero para ser agradables a las mujeres.

—Sí, Gilberta—respondió Arcadio—, los ángeles pueden profesar el amor como los hombres; la Escritura lo enseña; está escrito en el séptimo libro del *Génesis*: «Cuando los hombres empezaban a ser numerosos sobre la superficie de la tierra y tuvieron hijos, los hijos de Dios, convencidos de que las hijas de los hombres eran hermosas, las amaron».

De pronto Gilberta exclamó, impaciente:

—¡Santo Dios! No acabaré nunca de ponerme el vestido... Como tiene los corchetes en la espalda...

De regreso Mauricio, encontró al ángel ocupado en abrochar las botas a la mujer adúltera.

Después de coger sobre la mesa su manguito y su bolso, dijo Gilberta:

—¿No se me olvida nada?... Me parece que no. Buenas noches, Arcadio. Buenas noches, Mauricio. ¡Ah! Un recuerdo así no se borra tan fácilmente. ¡Qué día el de hoy!...

Y desapareció como un ensueño.

—Ahí tienes—dijo Mauricio; y arrojó al ángel un paquete de ropa.

Había descubierto en una prendería lamentables prendas de vestir revueltas con clarinetes y lavativas, y compró por diez y nueve francos el traje de un infeliz pondonoso y pobre que se había suicidado vestido de negro. El ángel, con su nativa majestad, recibió y se puso aquellas ropas que, llevadas por él, adquirieron una elegancia inusitada.

Inmediatamente se dirigió hacia la puerta.

—Bueno: ¿me dejas por fin?—le dijo Mauricio—.

Temo que has de arrepentirte pronto de semejante calaverada, cuando no tenga remedio.

—Nunca vuelvo los ojos al pasado. Adiós, Mauricio.

Mauricio le puso tímidamente cinco luises en la mano.

—Adiós, Arcadio.

Pero cuando el ángel salía, en el momento preciso en que, ya en la escalera, sólo mostraba un talón levantado, próximo a desaparecer, Mauricio le llamó:

—¡Arcadiol... ¡Ahora se me ocurre que al irte me quedo yo sin ángel custodio!

—Es cierto, Mauricio.

—Entonces, ¿qué será de mí?... Hemos de tener un ángel custodio... ¿No se arrostran dificultades y peligros cuando no se tiene?

—Antes de contestarte, Mauricio, te preguntaré si deseas que te hable conforme a tus creencias, que fueron también las mías, según las enseñanzas de la Iglesia y de la fe católica, o según la filosofía natural.

—No puedo admitir seriamente la filosofía natural; respóndeme con arreglo a la religión que profeso, en la que firmemente creo y en la cual he de vivir y morir.

—Pues bien, amado Mauricio: la falta de tu ángel te privará seguramente de ciertos socorros espirituales y de ciertas gracias divinas. Te digo lo que te diría la Iglesia: te faltarán apoyos, ayudas y consuelos que te sostuvieran y te guiaran en el camino de tu salvación; te será más difícil resistir las tentaciones. Siempre fuiste débil para el pecado, pero en adelante y en el orden espiritual, vivirás falto de vigor y de alegría. Adiós, Mauricio. Cuando veas a la señora de Aubels, salúdala en mi nombre.

—Pero, ¿te vas?

—Adiós.

Al desaparecer el ángel, Mauricio, abatido en una mecedora, se quedó largo rato con la cabeza hundida entre las manos.

CAPÍTULO XII

Donde se cuenta de qué modo el ángel Mirar, que prodigaba consuelos y dones en el barrio de los Campos Elíseos de París, vió a una cupletista llamada Bocota y la amó.

El ángel emprendió su camino a lo largo de las calles, donde lucecitas amarillas y blancas salpicaban la densa neblina roja, donde los caballos al relinchar lanzaban su aliento humeante, donde los faros de los automóviles proyectaban surcos luminosos al cruzar velozmente la ciudad de norte a sur hasta los desiertos bulevares de la orilla izquierda y entre la obscura y movible masa de los transeuntes. No lejos de los viejos muros de Port-Royal, una casa de comidas proyecta por las noches sobre la calle la turbia claridad de sus cristales empañados. Detúvose allí Arcadio y entró en la sala, por la cual se esparcía un vaho de cocina y de estufa confortador para los infelices transidos de hambre y de frío. Sus ojos descubrieron al instante nihilistas rusos, anarquistas italianos, emigrados, conspiradores, revolucionarios de todos los países, venerables cabezas de donde fluyen las cabelleras y las barbas como los torrentes y las cascadas fluyen de las rocas, rostros juveniles de virginal rudeza, miradas terribles y hurañas, pálidas pupilas de